

CAPÍTULO XXIV.

*Del principio único verdadero que purifica
y renueva la humana naturaleza.*

Pero como Porfirio estaba sujeto á las émulas potestades, de quienes por una parte se avergonzaba, y por otra no se atrevia á reprehenderlas ni redargüirlas libremente, no quiso entender que nuestro Señor Jesu-Christo era el principio, con cuya soberana Encarnacion nos purificamos, porque le despreció en la misma carne que tomó, para que sirviese de sacrificio para nuestra purificacion, no comprehendiendo efectivamente aquel grande é incomprehensible Sacramento, por estar lleno de la soberbia, que Christo abatió con su humildad, siendo verdadero y benigno mediador, manifestándose á los mortales en aquella mortalidad, que por libertarse de ella los malignos y engañosos medianeros con extraordinaria arrogancia se ensorberbecié-

ron, y prometiéron á los miserables hombres mortales, como inmortales, su engañoso y frívolo favor y ayuda. Asíque este mediador bueno y verdadero nos manifestó y enseñó que el pecado es únicamente lo que es malo, no la substancia de la carne ó la misma naturaleza, la qual pudo recibir sin mácula de pecado con el alma del hombre, y pudo tenerla y dexarla con la muerte, y mudarla en mejor estado con la resurreccion, mostrándonos de paso que la misma muerte, aunque fuese pena merecida por el pecado, la que quiso el mismo Dios satisfacer por nosotros (no obstante de estar indemne del mas mínimo pecado) no se debia excusar aun quando se pudiese, pecando, ántes si fuese posible, se debia padecer por la justicia; y por eso pudo, muriendo, perdonar los pecados porque murió, y porque murió no por su pecado. Á este no conoció el Filósofo Platónico como que era el principio, porque le reconociera por purificativo; en atencion á

que no es el principio la carne ó el alma humana, sino el Verbo por quien fuéron criadas todas las cosas. Asíque la carne no purifica por sí misma, sino por el Verbo que quiso vestirse de ella, quando "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros:" (a) porque hablando de la mística comida de su carne, los que no lo habian entendido, ofendidos y escandalizados se fuéron diciendo: "dura es esta palabra, ¿y quién la puede escuchar?" (b) y á los demas que habian quedado les dixo: "el espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha." (c) Por eso habiendo tomado el principio alma y carne, es el que purifica el alma y la carne de los creyentes: y por lo mismo preguntándole los Judíos quién era, respondió que era principio, lo qual sin duda no-

(a) San Juan cap. 1. *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*

(b) San Juan cap. 6. *Durus est hic sermo, quis eum potest audire?*

(c) San Juan cap. 8. *Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam.*

sotros, siendo carnales, flacos, sujetos á pecados y envueltos en las tinieblas de la ignorancia, no lo pudiéramos entender si no nos purificara y sanara el mismo Señor por lo que éramos y no éramos, porque éramos hombres, pero no éramos justos, y en su Encarnacion hubo naturaleza humana, pero era justa, no pecadora. Esta es la mediacion con que se dió la mano á los caidos y postrados. Esta es la semilla dispuesta por los ángeles, con cuyos edictos se promulgó la ley que mandó adorar y reverenciar un solo Dios, y prometió que vendria este mediador.

CAPÍTULO XXV.

Que todos los Santos, así en tiempo de la ley como en los primeros siglos, se justificaron en virtud del sacramento y fe de Jesu-Christo.

Asimismo con la fe de este sacramento pudieron purificarse los Justos de la anti-

gua ley viviendo santamente, no solo ántes que la ley se diese al pueblo Hebreo (porque no les faltó Dios ó ángeles que les predicasen) sino tambien en tiempo de la misma ley, aunque en las figuras de los ritos espirituales pareciese que las promesas que contenian eran carnales, por lo qual se llama Testamento viejo; porque hubo entónces tambien Profetas, por quienes igualmente que por los ángeles se predicó la misma promesa, y del número de estos era aquel cuyo dictámen y sentencia tan soberana y tan divina referí poco ántes, tratando sobre el fin del sumo bien del hombre: "Toda mi bien y mi bienaventuranza es unir-me con Dios (a):" en cuyo Psalmo ¹²³ se declara bastantemente la distincion que hay entre los dos Testamentos que se llaman viejo y nuevo; pues por las promesas carnales y terrenas, viendo que los impios abundaban de ellas, dice que casi se descompusieron sus pies ¹²⁴, y que estuvo ti-

(a) Psalmo 72. *Mibi autem adhaerere Deo bonum est.*

tubeando para caer, como si hubiera servido en vano á Dios, advirtiéndole que los que le despreciaban y no servian fielmente gozaban de la felicidad que él esperaba de tan gran Señor, y que sufrió grandes molestias en la inquisicion y exámen de este punto, queriendo averiguar y saber por que pasaba así, hasta que entró en el Santuario de Dios, entendió y conoció el último fin y destino de los que parecian felices y dichosos á los ojos de su ignorancia. Entónces notó ¹²⁵ que los que se encumbraron sobremanera, fuéron, como dice, derrotados y batidos, y que faltaron y perecieron por sus culpas, y que todo el colmo de la felicidad temporal se les volvió como un sueño de uno que despertando de improviso se halla desamparado de los falsos contentos, y objetos deleytables que imaginaba en su fantasía, y porque en esta tierra ó ciudad terrena les parecia que eran grandes: *Domine, in civitate tua imaginem illorum ad nihilum rediges.* "Señor,

„dice, allá en tu Ciudad reducirás á nada
 „aquella su apariencia ó imaginaria felici-
 „dad de estos:” pero quán interesante le
 fué el no buscar aun las cosas terrenas, sino
 de la mano de un solo Dios verdadero, en
 cuyo poder están todas las cosas celestes y
 terrestres, bien claro lo manifiesta quando
 dice: *Velut pecus factus sum apud te, et*
ego semper tecum. “Yo he sido como una
 „bestia delante de tí, y yo siempre conti-
 „go.” Como una bestia dixo efectivamente,
 porque no lo entendia; pues yo no debia
 esperar de tu mano sino cosas que no las
 puedo tener comunes con los impios y pe-
 cadores, de los quales viéndolos en abun-
 dancia, imaginé que te habia servido en
 vano, supuesto que las tenian los que no
 habian querido servirte. Con todo yo siem-
 pre perseveraré contigo, porque aun en el
 deseo de semejantes objetos no te dexé ni
 busqué otros Dioses, y por eso (continúa)
Tenuisti manum dexteram meam, et in vo-
luntate tua deduxisti me, et cum gloria as-

sumpsisti me: “me tuviste de la mano de-
 „recha, y me encaminaste por el camino
 „de tu voluntad y ley, y me recibiste y
 „acogiste con mucho honor y gloria.” Co-
 mo que pertenecen á la siniestra todas aque-
 llas cosas, de que viendo á los impios con
 abundancia casi estuvo para caer: *Quid*
enim mihi est in caelo, et à te quid voluì
super terram? “Porque ¿qué tengo yo (di-
 „ce) en el Cielo sin tí, ó qué puedo de-
 „sear sobre la tierra sino á tí.” Reprehén-
 dese á sí mismo, y con razon se arrepien-
 te, porque teniendo un bien tan inestima-
 ble en el Cielo (lo que despues conoció)
 buscó y pretendió en la tierra de la mano
 poderosa de su Dios una cosa tan transito-
 ria y fragil, y en algun modo una felici-
 dad de lodo: *Defecit* ¹²⁶ *cor meum, et ca-*
ro mea Deus cordis mei: “desfalleció, dice,
 „mi corazon y carne, Dios de mi cora-
 „zon, es á saber, desfalleció con buen des-
 „fallecimiento y deseo, aspirando de las
 „cosas inferiores á la posesion de las su-

„periores:” por lo que dice en otro Psalmo: *Desiderat et deficit anima mea in atria domini*: “desea y desfallece mi alma por el goce de los soberanos palacios del Señor: y asimismo dice en otro: *Defecit in salutare tuum anima mea*: “desfalleció mi alma por tu salud.” Sin embargo habiendo hablado de ambas qualidades, esto es, del desfallecimiento del corazon y de la carne, no añadió Dios de mi corazon y de mi carne, sino Dios de mi corazon, pues por el corazon se purifica la carne; y así dice el Señor: *Mundate quæ intus sunt, et quæ foris sunt munda erunt*: “limpiad lo que está dentro, y así lo de afuera estará limpio:” despues llama su parte á Dios, y no algo de él, sino él mismo: *Deus cordis mei, et pars mea, Deus in sæcula*: “Dios (dice) de mi corazon, ó Dios que para siempre eres mi parte y porcion:” porque entre muchas cosas á que se aficionan y escogen los hombres, él quiso elegir á Dios: *Quia ecce qui se longè faciunt à te,*

peribunt ¹²⁷ *perdidisti omnes qui fornicantur abs te*: “porque los que se alejan (dice) de tí perecerán, destruiste á todos los que fornican, y se apartan de tu fe y Religion:” ¹²⁸ esto es, que quieren ser como una prostitucion y amancebamiento de muchos Dioses; de donde se deduce la otra expresion, por cuya ocasion me pareció conveniente referir lo restante del mismo Psalmo: *Mihi autem adhærere Deo bonum est*: “respecto de mí, todo mi bien y bienaventuranza consiste en unirme con Dios:” no desviarme léjos de él, no andar fornicando por diferentes objetos, y el unirse con Dios se efectuará perfectamente quando todo lo que se hubiere de libertar, estuviere ya en salvo y libre: pero ahora es muy á propósito lo que se sigue: *Ponere in Deo spem meam*: “que es poner su esperanza en Dios: *Spes enim (a) quæ videtur non est spes, quod enim videt quis, quid sperat? si autem quod non vide-*

(a) San Pablo ep. ad Romanos cap. 8.

mus speramus, per patientiam expectamus:
 “pues la esperanza que se ve no es espe-
 „ranza, porque lo que uno ve ya ¿cómo
 „lo espera? dice el Apostol, y si lo que
 „no vemos esperamos, con paciencia y su-
 „frimiento lo esperamos.” Viviendo, pues,
 ahora con esta esperanza, practiquemos lo
 que se sigue, y seamos tambien segun
 nuestra posibilidad ángeles de Dios, esto
 es, sus nuncios y mensageros, anunciando
 su voluntad, y alabando su gloria y di-
 vina gracia, por lo que habiendo dicho:
Ponere in Deo spem meam: “ahora pongo
 „mi esperanza en Dios:” añadió: *Ut annun-*
tient omnes laudes tuas in portis filiae Sion:
 “Para que anuncien y prediquen todas tus
 „alabanzas en las puertas de la hija de
 „Sion.” Esta es la gloriosísima Ciudad de
 Dios, esta es la que reconoce y reveren-
 cia á un solo Dios, esta es la que nos anun-
 ciaron los santos ángeles, quando nos con-
 vidaron con su amable compañía, y qui-
 siéron que en ella fuéramos conciudadanos

suyos, los cuales no gustan de que los ve-
 neremos como á Dioses nuestros, sino que
 con ellos adoremos á su Dios que lo es
 nuestro, ni que les ofrezcamos sacrificios,
 sino que con ellos nos ofrezcamos como
 verdadero sacrificio al Señor. Asíque sin
 que pueda haber duda en ninguno que con-
 siderare esto libremente sin perversa obsti-
 nacion, todos los inmortales bienaventu-
 rados que no nos envidian (porque si fue-
 ran émulos nuestros ya no fueran bien-
 aventurados), sino que ántes nos estiman
 sobremanera, y desean que seamos tambien
 como ellos lo son bienaventurados, y mas
 nos favorecen y ayudan quando reveren-
 ciamos con ellos á un solo Dios Padre,
 Hijo y Espíritu Santo, que si veneráramos
 é estos espíritus angélicos, y les ofrecié-
 mos sacrificios.

CAPÍTULO XXVI.

De la inconstancia de Porfirio que anda vacilando entre la confesion de un verdadero Dios y el culto de los demonios.

No sé como en este particular Porfirio (á mi entender) pudo tener empacho y pudor de sus amigos los Theurgos, porque los misterios, ó mas bien ridiculeces de estos los comprendió bien, mas no por eso se encargó libremente de la defensa del verdadero Dios contra el culto de muchos Dioses falsos; pues efectivamente llegó á decir, que del número de los ángeles habia unos que descendian á la tierra, y daban á entender á los hombres Theurgos las máximas y ordenaciones divinas; otros que en la tierra declaraban los arcanos y atributos que son peculiares del padre, su alteza y su profundidad en las ideas. Pregunto pues, ¿hemos de creer que estos ángeles, cuyo oficio es patentizar la

voluntad del Padre, quieren que nos sujetemos y rindamos á otro que á aquel Señor cuya voluntad nos anuncian? por lo que nos advierte con justa razon el mismo Filósofo Platónico, que á estos ántes los debemos imitar que invocarlos. En esta atencion no debemos temer el ofender á los inmortales y bienaventurados que reconocen un solo Dios verdadero, por causa de no ofrecerles sacrificios; pues aquel culto que saben que no se debe sino es á un solo Dios verdadero, con cuya inefable union son bienaventurados, sin duda que no se complacen en que se les atribuya culto alguno, ni por figura alguna significativa, ni por el mismo misterio que se significa por los sacramentos; porque tal es la arrogancia propia de los demonios soberbios, altivos y miserables, de la qual se diferencia mucho la piedad de los que reconocen á Dios, y de los que son bienaventurados, no por otro motivo, sino por la union beatífica que tienen con este Señor. Y

para que con toda claridad comprendamos este sumo bien, se sigue necesariamente que nos hayan de favorecer del mismo modo con benignidad sincera, y que no se arroguen facultad alguna, por la que nos sujetemos á ellos, sino que nos prediquen y anuncien á aquel gran Dios, baxo de cuyos auspicios soberanos nos vengamos á unir con ellos en paz. ¿Á qué temes todavía, ó Filósofo, y no hablas libremente contra las émulas potestades que envidian las verdaderas virtudes, y los dones y beneficios del verdadero Dios? Ya has confesado que los ángeles que nos anuncian la voluntad del Padre son diferentes de los otros ángeles que descienden no sé con qué artificio á los hombres Theúrgicos: ¿para qué los tributas honores todavía, diciendo que pronuncian portentos divinos? ¿Y qué cosas divinas declaran realmente los que no nos anuncian la voluntad del Padre? En efecto ¿son aquellos á quienes el envidioso espíritu ligo con sus

conjuros, á efecto de que no practicasen la purificacion del alma? ¿Y á quiénes ni el bueno, como tú dices, deseando ellos hacer la purificacion, los pudo soltar y ponerlos en su potestad? ¿Aun dudas de que estos son demonios malignos, ó acaso tambien finges que lo ignoras por no ofender á los Theúrgicos, por quienes engañado con la curiosidad aprendiste por gran beneficio estas perniciosas abominaciones y desvarios? ¿Y te atreves á esta émula, no digo potencia, sino pestilencia, no quiero llamarla señora, sino como tú lo confiesas esclava de los envidiosos y mal intencionados? ¿Te atreves, digo, trascendiendo este ayre de la atmósfera á levantarla sobre los ciclos, y colocarla en lugar sublime entre vuestros Dioses celestiales, y aun á infamar con estas ignominias las mismas estrellas?

CAPÍTULO XXVII.

*De la impiedad de Porfirio con que sobrepujó
aun el error de Apuleyo.*

Quánto mas tolerable y humano fué el error de Apuleyo, Platónico como tú, quien situando á los demonios solamente en un lugar inferior á la Luna, aunque honrándolos, sin embargo voluntaria ó forzosamente confesó que padecian las flaquezas de las pasiones y perturbaciones del ánimo; pero á los Dioses superiores del cielo, que pertenecen á los espacios y regiones etéreas, ya sea los visibles que advertia ocularmente, y notaba que con sus brillantes resplandores alumbran todo el mundo, el Sol, la Luna y los otros luminares celestes, ya sea los invisibles, de quienes entendia que estaban libres del todo de los defectos y sensaciones de las turbaciones del alma, los distinguió y segregó de estos con toda la diligencia y exáctitud que

exigian sus facultades intelectuales. Mas tú aprendiste esta doctrina errónea no de Platon, sino de tus maestros los Caldeos, colocando y elevando los humanos vicios sobre las alturas etéreas, y aun sobre las impíreas y sobre el firmamento del cielo, para que así puedan vuestros Dioses pronunciar y patentizar los arcanos divinos á los Theurgos; y sin embargo te haces superior á las inteligencias divinas solo por el privilegio que gozas de lograr la vida intelectual: de tal conformidad, que efectivamente no te parecen necesarias para tu uso, como Filósofo, las purificaciones del arte theúrgica, y con todo las persuades á otros, como para recompensar con esta satisfaccion á tus maestros, induciendo engañosamente á los que son incapaces de filosofar á adoptar máximas, que confiesas son inútiles para tí, como capaz de superiores inteligencias, con el ánimo de que quantos estuvieren extrañados ó alejados, y no fueren capaces de penetrar y abrazar la vir-

tud de la Filosofía, que es muy ardua y difícil y adaptable á muy pocos, acudan con tu autoridad y dicrâmen á los Theúrgicos para que los purifiquen, si no en el alma intelectual, á lo ménos en el alma espiritual. Y por quanto sin comparacion es mayor el número de los que no gustan ni se aplican á filosofar, acudan muchos mas á tus secretos é ilícitos preceptores que á las escuelas de Platon: porque esta fué la promesa que te hicieron los inmundos é infernales espíritus, fingiéndose Dioses etéreos, cuyo predicador, panegirista y angel te has constituido, diciendo que los purificados en el alma espiritual por las operaciones del arte theúrgico, aunque no vuelvan al padre, con todo habitarán con los Dioses etéreos sobre las regiones aéreas. No escucha ni admite estas falsas insinuaciones la congregacion de los fieles, á quienes vino á libertar de la pesada servidumbre y tiranía del demonio Jesu-Christo nuestro Señor: porque en él tienen la fuente inago-

table de sus misericordias para conseguir la purificación de su alma, espíritu y cuerpo: y por eso recibió en sí sin haber cometido el mas mínimo deslíz, los pecados de todos los hombres para sanar del contagio del pecado á todo aquello de que consta principalmente el hombre: y oxalá que tú le hubieras conocido tambien, y que para tu eterna salvacion te hubiera puesto con tanta mas seguridad ántes en sus manos, que no ó en las de tu propia virtud, que es en efecto humana, fragil, imbecil, ó en las de una pernicioso curiosidad: porque no te engañaria aquel gran Dios, á quien como tú mismo escribes, vuestros oráculos confesaron por santo é inmortal: por quien dixo asimismo el Príncipe de los Poetas aunque en estilo poético, y sin embargo de que se explicó en persona de otro, con todo dixo con verdad si lo refirió á Jesu-Christo: "Quando vos reynareis, Señor ¹²⁹, si hubieren quedado algunos restos de nuestras culpas, vos las perdonar-

„reis, y librareis al mundo de un perpetuo miedo (a).” Llámalos aunque no pecados, á lo ménos rastros de pecados, á los que pueden quedar aun en los mas aprovechados en la virtud de la justicia por la humana flaqueza é inestabilidad de esta vida, los quales no los quita ni sana sino el soberano Salvador, por cuyo respeto se compuso con especialidad este verso: pues el no haber expresado Virgilio estas sus palabras ¹³⁰ como si fuesen produccion de su entendimiento, casi lo demuestra al quarto verso de la misma égloga diciendo ¹³¹: “La santa edad postrera ya es llegada que „la Cumea sagrada habia cantado;” de lo que aparece evidentemente que la Sibila Cumea fué la autora de esta prediccion. Pero los Theurgos, ó por mejor decir los demonios, que fingén especies y figuras de Dioses, ántes maculan y profanan, que pu-

(a) Virgilio eglog. 4.

*Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri
Irrita perpetua solvent formidine terras.*

rifican el espíritu del hombre con la falsedad de sus fantasmas, y con el engañoso embeleco de sus vanas formas: ¿pues cómo han de purificar el espíritu del hombre los que tienen tan impuro y sucio el suyo? Porque si no le tuvieran de este modo, de ninguna manera se dexaran ligar con los conjuros del hombre émulo y mal intencionado, ni el mismo beneficio vano y futil que parece habian de hacer, ó de miedo le detuvieran, ó con otra igual envidia le denegaran. Basta el que confiesas que no puede limpiarse con purificacion theúrgica el alma intelectual, esto es, nuestra alma, y que la espiritual, esto es, la parte inferior de nuestra alma, aunque dices que puede purgarse con semejante arte, sin embargo confiesas que con esta arte no puede constituirse en la clase de inmortal ó eterna: pero Jesu-Christo promete la vida eterna, y así concurre baxo sus divinos auspicios todo el mundo aunque con despecho, mas no sin admiracion y

terror vuestro. ¿Qué aprovecha decir lo que no pudiste negar, que van errados los hombres con la disciplina theúrgica, y que seducen á infinitos con sus ciegas y necias opiniones, siendo un error evidente acudir con nuestros votos y súplicas á los Príncipes y á los ángeles? Y por otra parte porque no parezca que has trabajado en vano, diciendo esto vuelves á enviar los hombres á los Theurgos, para que estos purifiquen las almas espirituales de los que no viven segun y conforme á el alma intelectual.

CAPÍTULO XXVIII.

Qué le movió á Porfirio para que no pudiese conocer la verdadera sabiduria, que es Jesu-Christo.

Asique introduces á los hombres en un notable error, y no te avergüenzas y corres de un daño tan grave, profesando el amor á la virtud y sabiduria, la qual si

fiel y verdaderamente amaras y profesaras, hubieras conocido á Christo, virtud de Dios y sabiduria de Dios, y no hubieras apostatado y dexado su apreciable humildad ¹³², llevado de la vana altivez de tu vana ciencia: sin embargo confiesas que puede el alma espiritual purificarse con la virtud de la continencia ¹³³ sin el auxilio de las artes theúrgicas y sin sus decantados sacramentos, en cuyo estudio te has molestado inútilmente. Á veces dices tambien que despues de la muerte estos sacramentos no alivian el alma: de modo que ni á la misma que llamas espiritual parece ya que aprovecha despues de la vida presente, y no obstante haces una larga digresion sobre este particular, y la repites no por otro fin, á lo que percibo, sino por parecer como perito y práctico en semejantes futelezas, y por venderte al gusto de los aficionados á las artes ilícitas, ó por excitar la curiosidad de otros excitándolos á adaptarlas; pero es asimismo constante lo que dices que